

## UN CLERO COMPROMETIDO, PERO NO MUNDANO

La desorientación existente en la mayoría del clero español —y sin duda también del que está fuera de nuestras fronteras— radica en varias causas muy distintas entre sí. Pero hay una básica, que exponía yo en reciente conferencia: el acelerado cambio de nuestro mundo actual y la dificultad de adaptarse a él quien ha vivido asentado en otra manera de vivir o actuar.

Si el Evangelio no quiere convertirse en una curiosidad de museo, quedando relegado a creencia de unos cuantos ancianos y ancianas, no tiene más remedio que esforzarse por conseguir su «aggiornamento», como pedía Juan XXIII. Pero un «aggiornamento» que no sea superficial, que no pretenda lavar solamente la fachada.

Y lo primero que se plantea entonces es la finalidad de la labor sacerdotal y su concreción en una actividad práctica. Porque es un profundo engaño creerse que hace falta ser sacerdote para actuar como podría hacerlo un seglar.

Muchos clérigos siguen la ficción de actuar religiosamente como seglares, y creerse que están actuando como curas. No: una cosa es que su labor sea meritoria y su inquietud apostólica les lleve a ella, y otra, muy distinta, es que para eso sea necesario —y ni siquiera conveniente en el porvenir— ser sacerdote.

El cristiano —sea cual fuere su función en la Iglesia— tiene que estar más metido en el mundo, más comprometido con la vida. En una palabra: tiene que vivir con las manos en la masa. Y para hacerlo así, la figura de lo que hasta hace poco ha sido el clérigo, es ciertamente un estorbo.

Lo malo es que todo esto que digo va a servir relativamente poco a los actuales sacerdotes, porque el mal viene de antaño: de su adolescencia y juventud, y tiene ya difícil adaptación al futuro. El tipo de formación que recibieron, el clima clerical que vivieron, la disciplina sacerdotal de que se alimentaron, han forjado una profunda huella en ellos, y esa huella no se puede borrar del todo. La tienen desgraciadamente que llevar a cuestras con ellos mismos y aceptarla con una mezcla de humor, calma y seriedad.

Pondría un ejemplo: el del celibato del clero. Soy partidario —y lo he dicho y escrito en muchos sitios— de que se suprima la ley del celibato —fíjense bien que digo la ley, no el celibato mismo—. No creo adecuado que se obligue a pasar sin remisión por las horcas caudinas de esta separación del otro sexo, para poder llegar a ser sacerdote: éste debe decidir libremente el género de vida a adoptar independientemente de la vocación sacerdotal que tenga. En una palabra: creo mejor que se haga en la Iglesia latina lo que se acostumbra en la Iglesia católica oriental.

Pero no me hago muchas ilusiones con esta supresión de la ley en la Iglesia latina, en lo que respecta al clero actual; porque si algunos o muchos se casasen, no por eso borrarían de tal plumazo la carga educacional que recibieron. Esa novedad en su vida no les resolvería nada o casi nada, porque el problema está en otro sitio. Otra cosa es, no obstante, el que decida dar el salto y secularizarse, porque no se encuentra en conciencia en su vida de sacerdote. Pero no hablo de ello ahora.

Lo malo es que, en el período de su evolución psicológica y durante su desarrollo humano, haya sido el futuro sacerdote separado de la vida usual y, por tanto, del otro sexo, y haya visto demasiadas veces a la mujer bajo una luz negativa, como algo peligroso e inasequible, o por decirlo en pocas palabras: como un fruto prohibido. Esta experiencia negativa —que ha existido en tantos casos— marca a un hombre, y, salvo excepciones, no es fácilmente superable. Y desde luego no lo es por el simplista expediente de casarse sin más. Y lo mismo podríamos decir de otra serie de experiencias humanas que le han hecho en buena parte al clérigo un separado de la sociedad humana.

En cambio, lo que sí es importante es hacer, en el futuro, todo lo contrario: conseguir primero hombres insertos en el mundo y en el quehacer corriente de la vida y del trabajo. Seres que no estén asépticamente separados del «mundanal ruido», sino viviendo entre el bullicio en que estamos muchas veces metidos. Y, de entre estos hombres comprometidos, elegir —cuando el grupo de creyentes lo necesite— a la persona que consideren más conveniente para ser ordenada como sacerdote. Este es el esquema que preveo para mañana.

Pero aquí se presenta otro punto decisivo: una vez seleccionado el que va a ser sacerdote, no hay que volver a las andadas. No hay que creer que tiene que separarse de todo por el hecho de serlo; no hay que convertirlo, la comunidad de fieles, en un «clérigo»; en un miembro más de una clase dominante y separada como era el «clero» en gran medida hasta hace poco.

No. Lo que previsiblemente pasará en el futuro es que este nuevo «cristiano-sacerdote» ya no se convertirá en «clérigo». Seguirá viviendo la mayor parte del día como los demás, y si quiere tener una familia, la tendrá; o si cree, por el contrario, que debe vivir soltero para mejor cumplir su cometido, como en el terreno profano lo hicieron Descartes, Pascal o Amiel, así lo hará, pero con libre decisión y no movido por extraños conceptos —psíquicamente poco sanos— acerca del sexo, o de la virginidad, o de su vocación de «élite».

Y nada le pasará al cristianismo por ello, porque esta situación será la más parecida a la que tenían los cristianos de las dos primeras centurias de la Iglesia, que fueron los de mayor expansión del cristianismo.

Tres grandes especialistas católicos —los dominicos Liegé y Henry, y el franciscano Hammann— han estudiado aquella época, y han concluido que el cristianismo no se difundió normalmente por medio de los presbíteros ni de los obispos, sino por los seglares. «Durante los primeros siglos no son los obispos ni los sacerdotes los que van a evangelizar las naciones, sino que son los bautizados mismos los que, con su entusiasmo cristiano y su amor comunicativo, atraen a los paganos a la fe de la Iglesia» (Henry, O. P. «Teología de la Misión», ed. Herder).

El sacerdote ha de vivir en el futuro como un seglar más, que en algún momento de su vida —cuando esté reunido con el grupo de cristianos de su zona— aviva la fe de los que son ya creyentes. Y la aviva con la palabra, la amistad, la comprensión y el sacramento. Pero no como un profesional del apostolado, sino con una sencilla y modesta labor que sólo le ocupará una pequeña parte de su vida, viviendo el resto como uno más.

Esta es la imagen de lo que muchos vislumbramos para el porvenir, que no es ninguna cosa extraña ni rara, porque es igual que lo que ya existió en la Iglesia durante varios centenares de años, al principio de su carrera histórica.

¿Habrá, además —podemos preguntarnos—, otros sacerdotes de dedicación plena? No lo sé ni me preocupa. Lo que sí sé es que esta meta por muchos entrevista no se alcanzará en un día, y tendrá todavía por un tiempo que haber sacerdotes de plena dedicación cumpliendo con una misión renovada, pero necesaria todavía.

Los cristianos tenemos que acostumbrarnos a ir preparando el futuro, sin arrimarnos machaconamente a la rutina establecida, sino caminar con desprendimiento y espíritu de cambio. Y si nosotros no podemos conseguirlo del todo, que las nuevas generaciones lo hagan; pero para ello hay que seguir clamando sin cesar en el desierto actual y que poco a poco los oasis se conviertan en ciudades y el yermo en rica vega.

Resulta anacrónico a la luz de todo ello, por ejemplo, que en el anteproyecto de Estatutos de la Abogacía Española —durante las movidas reuniones de León— se haya insistido tanto en la absoluta incompatibilidad de este ejercicio profesional con el estado sacerdotal, con el religioso y con el ministerio de cualquier confesión o culto, como me decía textualmente un canónigo buen amigo mío, y no por canónigo menos abierto. Canónigo que expresaba con toda razón en su carta esta inquietud así: «Esta segregación... es inoportuna en el presente momento histórico; todos estamos limando diferencias y superando complejos para una integración del clero en el mundo...; queremos reencarnarnos nuevamente en la sociedad, como la primitiva Iglesia, y ponernos al servicio de la evangelización... sin triunfalismos ni paternalismos».

Lo grave es que no sean sólo algunos clérigos los que quieren seguir separándose del pueblo y de la vida, sino algunos seglares que insistan en mantener una clase aparte, resistiéndose a aceptar un sacerdote comprometido con la vida. Lo que no queremos es su caricatura: el sacerdote superficialmente mundano.

MIRRET MAGDALENA